

Cardenal Gerhard Ludwig Müller
(Presentación de D. Jesús Sanz)

Seréis una bendición
Doce cartas sobre el sacerdocio



COLECCIÓN

didaskalos

CARDENAL GERHARD LUDWIG MÜLLER

SERÉIS UNA BENDICIÓN
DOCE CARTAS
SOBRE EL SACERDOCIO

TRADUCCIÓN DE:
D. FRANCISCO PÉREZ HERRERO



1.ª edición: octubre de 2018

Autor: © Cardenal Gerhard Ludwig Müller

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-30417-2018

ISBN: 978-84-17185-16-9

Maquetación y portada: M.ª Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<u>Págs.</u>
PRESENTACIÓN	9
<i>Fr. Jesús Sanz Montes, arz. de Oviedo</i>	
PRÓLOGO	15
ABREVIATURAS	21
1. ^a CARTA: UNA TEOLOGÍA DEL MINISTERIO SACERDOTAL PARA EL BIEN COMÚN DE LA IGLESIA	25
2. ^a CARTA: SACERDOTES SEGÚN EL CORAZÓN DE JESÚS	41
3. ^a CARTA: SACERDOTES DEL LOGOS: TESTIGOS DEL SENTIDO DE LA EXISTENCIA HUMANA	47
4. ^a CARTA: SENTIDO Y OBJETIVO DEL SERVICIO SACERDOTAL	67
5. ^a CARTA: EL SACERDOCIO SACRAMENTAL EN EL BANCO DE PRUEBA DE LA CRÍTICA DE LA REFORMA	87
6. ^a CARTA: EL ORIGEN DEL SACERDOCIO EN LA AUTORIDAD MESIÁNICA DE JESÚS Y EN SU MISIÓN	121
7. ^a CARTA: EL DESARROLLO DEL SACERDOCIO SACRAMENTAL EN LA IGLESIA PRIMITIVA	137
8. ^a CARTA: LA EXPRESIÓN ECLESIAL DEL MINISTERIO SACERDOTAL EN LA ÉPOCA POSTAPOSTÓLICA	149
9. ^a CARTA: LA VIDA ESPIRITUAL Y LA ACTIVIDAD PASTORAL DEL SACER- DOTE	165
10. ^a CARTA: EL SACERDOTE EN LA <i>MARTYRIA</i> , <i>LEITURGIA</i> Y <i>DIAKONIA</i> DE LA IGLESIA	181
11. ^a CARTA: LA VIDA ESPIRITUAL EN ORACIÓN Y SACRIFICIO	205
12. ^a CARTA: EL SACERDOTE – UNA EXISTENCIA TEOLÓGICA	223

Presentación

“Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. Evidentemente, sois una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones” (2 Cor 3, 2-3).

Vivimos en una época en la que culturalmente estamos condicionados por una cierta fragmentariedad que impide tener una comprensión serena y amplia de toda la realidad. Se ha calificado de “líquida” esta sociedad (Zigmund Bauman) para indicar la falta de consistencia y solidez en las cosas que son realmente importantes, comprobando cómo con demasiada frecuencia se derrumba con sorpresa o se transforma con traición lo que cabría esperar que fuera sólido y duradero como todo cuanto se fundamenta en lo bello, lo verdadero, lo justo y lo bueno. Y asistimos a esta circunstancia epocal desde lo que Gilles Lipovetsky señalaba como “indoloro”: que tal panorama ha dejado de dolernos, hasta el punto de no percibir su falta de correspondencia e inadecuación.

Este libro quiere abordar una cuestión muy precisa: el sacerdocio cristiano, que podría atravesar también esa falta de solidez en la vivencia

fiel de tantos hombres llamados a esta alta vocación, zarandeados por la incertidumbre confusa de este momento, hasta el punto de experimentar sin pena ni gloria que dejar el ministerio, o vivirlo mediocrementemente, o plantearlo con un reduccionismo a la carta, no afecta a nada ni a nadie, no “duele” a ninguno. Lo cual no es verdad.

El Cardenal Gerhard Ludwig Müller nos ha querido presentar con estas “Cartas sacerdotales” no solo una expresión agradecida de sus cuarenta años de sacerdocio, sino también y, sobre todo, una invitación generosa a entrar en el misterio de este sacramento. De modo bello y profundo se entremezclan aquí el hilo de una teología bien fundada con el testimonio de su propia experiencia personal, discreta referencia que se deja entrever entre las líneas de las doce cartas sobre el sacerdocio cristiano.

Es reseñable el género literario del texto que tiene el lector entre sus manos, y que no deja de ser llamativo: son cartas. En tantos momentos hoy la comunicación pide la inmediatez esencial y hasta nerviosa de algunas redes sociales que tienen tasados ínfimamente sus caracteres de texto. Estamos lejos de los grandes tratados, de las sopesadas monografías, de los diarios como testimonio personal. Hoy funcionamos con la brevedad de un mensaje corto. Pero el Cardenal Müller ha querido elegir una forma alternativa: ni un tratado formal sobre el sacerdocio, ni una recopilación de mensajes mañaneros de tres líneas sin más. Él ha escrito doce cartas que son algo más que una antología epistolar intimista. Son cartas, sí, pero en ellas se abordan las grandes cuestiones que como aldabonazos nos interpelan por poner el dedo en la llaga, la luz en el candelero y el bálsamo en las heridas. Son cartas que acercan coloquialmente la hondura teológica de una existencia vivida, pensada, orada y testimoniada. Son cartas como una forma más personal, porque se da más a la confianza, al diálogo en el que las verdades de fe se transmiten desde una vivencia personal.

En no pocas ocasiones, verá el lector cómo el texto pasa de golpe a la forma más personal del tuteo, llamando a esa intimidad del tú a tú, del cara a cara. Con todo, es menester reconocerlo, las cartas del Cardenal Müller no están escritas a vuelapluma ni son textos simples, anecdóticos y fáciles de leer, escritos al calor de una sencilla idea dominante (como podría sugerir el título de “cartas”). Son textos que pretenden elevar al lector al ámbito de la teología; no son simples exhortaciones ni se desenvuelven en el ámbito de la anécdota; son verdaderas lecciones, cargadas de pensamiento, que se adentran en la historia del dogma, que usan con frecuencia el vocabulario más técnico y la forma demostrativa propia de un ensayo teológico. Las Cartas del Cardenal Müller asumen más el estilo objetivo, hondo y dogmático de las Cartas de los grandes Padres de la Iglesia y de los primeros autores cristianos (incluyendo el epistolario neotestamentario). Esto ayudará también al lector a situarse bien a la hora de afrontar la lectura.

Digamos también algo que entiendo que es importante señalar: estas cartas no están dirigidas solo a sacerdotes, “no tratan de presentarnos una ética profesional para sacerdotes, que solo sería interesante para los propios clérigos” (p.17). Muy al contrario, nos dice el Cardenal Müller, dado que todos somos responsables de todos y que cada uno lo es del conjunto; y dado que el Apóstol dice “Llevad unos las cargas de los otros, así cumpliréis la ley de Cristo” (Gal 6,2), resulta que todo buen católico debe no solo rezar para que el Señor conceda buenos sacerdotes a su grey, sino también “comprender lo que dice nuestra fe sobre este sacramento, por medio del cual se ordenan los ministros de Cristo para la Iglesia” (p.18). Estas cartas buscan acercarnos a una comprensión nueva del misterio. De este modo, todos, sacerdotes y laicos, están cordialmente invitados a leer este libro del Cardenal Müller, que está cargado de mucha vida y de mucha doctrina.

Ya desde el principio, se nos ayuda a comprender lo que está en el centro y en el corazón del sacerdote, de su ministerio y su misterio.

“La roca sobre la que se asienta nuestro sacerdocio se llama Jesucristo” (p.34). Por eso, en una de sus cartas, dedicada a la controversia con el protestantismo y su forma de concebir el ministerio sacerdotal, afirma el Cardenal que, frente a la forma en que se concibe el ministerio en el protestantismo, “la ordenación católica se comprende como un acto consagradorio y sacramental, por medio del cual la imagen de Cristo sacerdote se graba tan profundamente en el alma del ordenando que él, por la fuerza del Espíritu Santo, predica, bautiza, realiza el sacrificio de la Iglesia o perdona pecados en la persona de Cristo” (p.92). Por eso, también, según lo que expone nuestro autor en su segunda carta, la vocación decisiva del ministro ordenado es “ser sacerdote según el corazón de Cristo”. Y en otra de las cartas, dedicada al sentido y a la finalidad del sacramento del Orden, concluye el Cardenal, siguiendo a santo Tomás de Aquino, con la afirmación de que el sacerdote puede ser denominado mediador entre Dios y los hombres en la medida en que es servidor del verdadero Mediador. En esa medida, Cristo y sus servidores pueden compartir ciertos títulos e imágenes análogamente (como Pastor, Maestro, Sacerdote, Mediador), mientras que otros se usan exclusivamente y unívocamente para Cristo (como Palabra, Pan de Vida, Salvador).

La verdad que ocupa el corazón de todas estas cartas es sólo una: Jesucristo; la centralidad de Jesucristo en el marco de una teología hondamente trinitaria. Pero esa Palabra que es Jesucristo es también la Palabra creadora, que hizo todo bueno y verdadero. Por ello, junto a la dimensión cristológica, el Cardenal Müller insiste siempre en otra afirmación central de nuestra fe: “la fe es razonable” (p.68). Y, por lo tanto, la consagración hace que el ministro sagrado sea “Sacerdote del Logos”, testigo de que la existencia humana tiene un sentido, testigo de una verdad hondamente arraigada en la creación, en la bondad que viene del origen.

Tanto es así que el tema de la verdad aparece también como un *leit motiv* de las cartas del Cardenal. El sacerdote no es el hombre del

“sentimiento religioso”, que busca religarnos con una experiencia mística y extática a la figura de un Dios captado únicamente en nuestra subjetividad. El sacerdote es el hombre del Logos, de la Palabra. El sacerdote está destinado a presentar una “ofrenda razonable” (Rom 12,1). El testimonio, la liturgia y el servicio en la Iglesia que realiza el sacerdote (y de los que habla la carta 11), se entienden desde está lógica; es decir, desde una concepción del ministro sagrado como “sacerdote del Logos”. A la luz de esta afirmación, el testimonio no es, de ninguna manera, la simple exaltación de la subjetividad; la liturgia no es ya mera expresión de un sentimiento religioso; y el servicio deja de ser el desbordamiento de una simple compasión o la actitud de algunos sujetos más inclinados a la filantropía. Liturgia, servicio y testimonio remiten a una Verdad de la que el sacerdote vive y que le conforma como ministro. La existencia del presbítero es, de hecho, una “existencia teológica”, según la fórmula que emplea el Cardenal Müller en su última carta. Esto significa que es una existencia marcada por un nuevo Logos, por un nuevo sentido y una razón nueva del vivir: el Logos de Dios.

Sin embargo, no se cae en un angelismo evanescente e irreal, porque a nadie se le escapa que el sacerdote, siendo un hombre de Dios, siendo Testigo de Cristo, portador de una palabra de Vida y de Verdad, es, al mismo tiempo, un hombre pecador. Por ello nadie, desde el más joven coadjutor hasta el más veterano cardenal -insiste el propio Müller-, puede pasar de largo ante la diaria petición del “perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Lc 11,4). En medio de esa fragilidad, sin embargo, se abre paso una gracia infinitamente mayor, la gracia sacramental, que constituye a hombres tomados de entre los hombres en ministros y servidores de la Nueva Alianza en Cristo.

Es la existencia sacerdotal como subrayó San Juan Pablo II en *Pastores dabo vobis* (nn. 27-30), que fue objeto también de importantes aportaciones en la teología del ministerio ordenado por parte de Karl

Rahner y Hans Urs von Balthasar. Una existencia sacerdotal que no se reduce a la asistencia sacerdotal simplemente, y que logra aunar la recia formación teológica con la apertura misionera de quien comunica el gozo *del Evangelio* como el Papa Francisco nos ha querido recordar. En esta última carta dedicada a la existencia teológica del sacerdote, el Cardenal Müller anota en una bella y acertada síntesis: “Quien reconoce la unidad interna entre fe y vida, que se refleja en la unidad de las disciplinas de la teología sistemática y práctica, se hace inmune tanto a una teología de escritorio sin corazón como a una pastoral activista sin cabeza, a una teología sobre el mostrador” (p.224).

Damos cordialmente las gracias al Cardenal Müller que, con estas cartas, nos ha hecho comprender mejor el misterio de esta gracia singular. Sus Cartas son el testimonio precioso de un alma sacerdotal, que desde la atalaya de sus cuarenta años de ministerio nos muestra la fecundidad y la grandeza de esta forma de vida entregada a Dios en Cristo, para que cada uno de nosotros podamos, a nuestra vez, como decía el apóstol Pablo, ser transformados en carta viva de Dios escrita por el Espíritu en los corazones (2 Cor 3,2-3).

† Fr. Jesús SANZ MONTES, OFM
Arzobispo de Oviedo

El Cardenal Gerhard Ludwig Müller nos ha querido presentar con estas “Cartas sacerdotales” no solo una expresión agradecida de sus cuarenta años de sacerdocio, sino también y, sobre todo, una invitación generosa a entrar en el misterio de este sacramento. De modo bello y profundo se entremezclan aquí el hilo de una teología bien fundada con el testimonio de su propia experiencia personal, discreta referencia que se deja entrever entre las líneas de las doce cartas sobre el sacerdocio cristiano.

Damos cordialmente las gracias al Cardenal Müller que, con estas cartas, nos ha hecho comprender mejor el misterio de esta gracia singular. Sus Cartas son el testimonio precioso de un alma sacerdotal, que desde la atalaya de sus cuarenta años de ministerio nos muestra la fecundidad y la grandeza de esta forma de vida entregada a Dios en Cristo, para que cada uno de nosotros podamos, a nuestra vez, como decía el apóstol Pablo, ser transformados en carta viva de Dios escrita por el Espíritu en los corazones (2 Cor 3,2-3).

† Fr. Jesús Sanz Montes, OFM
Arzobispo de Oviedo



COLECCIÓN
didaskalos
